

después de haber enviado una flota á cargo de Surrey á devastar las costas de Normandía y de Bretaña. Pero Surrey nó pudo tomar ninguna plaza importante, y la táctica prudente y mesurada del duque de Vendôme, general del ejército francés en Picardía, detuvo los progresos de los ingleses, que después de algunas desgraciadas escaramuzas, cansados, faltos de víveres y con sus filas diezmadas, tuvieron que volver á su reino, sin que Francisco viera pasar á poder del enemigo una sola ciudad del suyo, ni una comarca de su territorio ⁽⁴⁾.

El emperador, apenas logró la satisfacción de ver el principio de las hostilidades entre Inglaterra y Francia, se despidió de Enrique y se dió á la vela para España, donde llegó el 17 de junio (1522), hallando su reino hereditario en la situación que le hemos visto en los capítulos anteriores á consecuencia de las alteraciones que durante su ausencia habian ocurrido, y que él habia dejado como incoadas. Tal y tan prósperamente habian marchado sus negocios en Europa durante los dos largos años de su ausencia de Castilla.

(4) Guicciard. Istor. lib. XIV. Hist. del Emperador, lib. X.
—Mem. de Du Bellay.—Sandoval,

CAPITULO X.

GUERRAS DE ITALIA.

PAVIA.

De 1522 á 1525.

El papa Adriano VI.—Su carácter.—Tentativas inútiles en favor de la paz.—Nueva confederación contra el francés.—Defecion del duque de Borbon.—Su consecuencias.—Invaden los franceses el Milanesado.—El almirante Bonnavet.—Muerte del papa Adriano VI. y eleccion de Clemente VII.—Invasión de ingleses y españoles en Francia.—Cómo se salvó este reino.—Recobran los españoles á Fuenterrabía.—Los franceses espulsados otra vez de Milan.—Muerte del caballero Bayard.—Sitio de Marsella por los imperiales, y su resultado.—Repentina entrada de Francisco I. en Milan.—Grande ejército francés en Italia.—Retíranse los imperiales á Lodi.—Sitio de Pavia.—Antonio de Leiva.—Apurada situación de los imperiales en Pavia y en Lodi.—Recursos de Antonio de Leiva y del marqués de Pescara.—Célebre sorpresa de Melzo: notable estratagemma: los *encamisados*.—Continúa el sitio de Pavia.—Solapada conducta del papa.—Imprudencia y presunción de Francisco I.—Su reto al marqués de Pescara, y contestación de éste.—Admirable rasgo de desprendimiento de los españoles.—Famosa batalla de Pavia.—Incidentes notables.—Célebre derrota de los franceses.—Prision de Francisco I.—Cartas del rey prisionero á su madre y al emperador.—Carta de Carlos V. á la madre de Francisco I.

Coincidió la vuelta del emperador á España con la marcha del nuevo pontífice Adriano á Roma, decidido después de alguna vacilación á aceptar una dig-

nidad que no habia buscado. La presencia del antiguo dean de Lovayna en la capital del orbe católico (30 de agosto, 1522) produjo en el pueblo romano tan desagradable efecto, como el que habia producido la noticia de su eleccion. Modesto y humilde en su porte, sencillo y austero en sus costumbres, enemigo de la ostentacion, del boato y de la opulencia, fué muy severamente juzgado por un pueblo, que tenia tan reciente la memoria de la fascinadora grandeza marcial de Julio II., de la seductora brillantez artística de Leon X., y le hubiera disimulado mejor algunos vicios, que hasta gozaban de cierta boga en la época, que las oscuras virtudes que le adornaban, y que parecian una reprension tácita de la culta corrupcion de la corte ⁽¹⁾. Sabian ademas los romanos que el honrado y virtuoso Adriano, como regente del emperador en Castilla, se habia conducido con debilidad, y que no era á él á quien se debia el haberse sofocado las insurrecciones populares. Por lo mismo, estaban muy lejos de creerle capaz de colocarse á la altura de las complicaciones políticas de Europa y la cuestion religiosa que agitaba entonces á la cristiandad exigian del gefe de la Iglesia.

Enemigo de los abusos y de la inmoralidad, intentó la reforma de los vicios que se habian introdu-

(1) Adriano, ó por capricho ó por modestia, ni siquiera quiso dejar su nombre bautismal para tomar el pontificio, segun era cos-

tumbre cinco siglos hacia. Asi fué que siguió nombrándose Adriano VI.

cido en la Iglesia y en la córte romana, que hecha con prudencia y con energía hubiera podido ser el mejor medio de acallar las agitadoras declamaciones de Lutero. Mas con mejores deseos é intencion que fuerzas y habilidad para tan grande obra, tenia Adriano, como tuvo, que sucumbir en una empresa que hubiera necesitado el genio de un Gregorio VII. La restitution al duque de Ferrara de plazas de que se habia apoderado la Iglesia, y el restablecimiento de La Rovere en el ducado de Urbino, eran actos que le acreditaban de escrupuloso de conciencia, pero de poco diestro en la política. Con el mejor propósito del mundo exhortó á los príncipes cristianos á que se unieran contra Soliman el turco, que acababa de apoderarse de la isla de Rodas y se presentaba amenazante y orgulloso á la faz de Europa ⁽¹⁾. Pero no era tampoco Adriano el hombre del ascendiente y del influjo que requeria negocio tan grave y difícil como el de hacer que los soberanos y príncipes cristianes de-

(1) Soliman II., conquistador de Belgrado, y enemigo terrible de la cristiandad, se habia presentado en 1521 con una formidable escuadra delante de Rodas, que defendian los caballeros de San Juan de Jerusalem con solos cinco mil quinientos hombres. Esta pequeña hueste, con su gran maestre á la cabeza, resistió con admirable valor un sitio de seis meses contra doscientos mil turcos ayudados de cuatrocientos buques. Despues de rechazar multitud de asaltos y de inutilizar mas de cincuenta minas practicadas por los enemigos, aquellos héroicos cristianos se vieron reducidos á tal estremidad, que al fin tuvieron que rendir la plaza, que era el baluarte de la cristiandad en Oriente, mas no sin obtener una muy honrosa capitulacion, que Soliman les otorgó, admirado de la heroicidad de aquellos pocos y esforzados caballeros. Estos se establecieron despues en la pequeña isla de Malta, que les cedió Carlos V.

pusieran sus rivalidades y disensiones, y se unieran para atajar hermanados los progresos de las legiones otomanas. Sus laudables esfuerzos para procurar la paz entre los monarcas y las potencias enemigas, y su bula proponiendo y solicitando una tregua de tres años, surtieron poco efecto, con harto sentimiento suyo, y de los mismos estados de Italia, los mas interesados en la paz, como que eran los que mas sufrían las cargas y gastos, los perjuicios y calamidades de la guerra.

Estrelláronse, pues, las tentativas de Adriano en favor de la paz contra la ambición y las pasiones de los príncipes, y formóse otra alianza, (28 de junio, 1523) entre el emperador, el archiduque de Austria, el rey de Inglaterra, y la mayor parte de los estados italianos, inclusa la república de Venecia, aliada de Francia hasta entonces, contra Francisco I. de Francia, concluyendo el mismo papa Adriano por adherirse á la confederacion (3 de agosto), instigado por su compañero y paisano Carlos de Lannoy, virey de Nápoles. Quedaba, pues, solo contra todos Francisco I. Pero lejos de mostrarse intimidado el rey-caballero con tan poderosa y general conjuracion, era su carácter no volver la cara á los mayores peligros, y mostrar mas valor y resolucion quanto eran mas formidables sus contrarios. Así, con la actividad que en tales casos acostumbraba, se anticipó á todos, levantó un brillante ejército, y cuando los confederados

andaban todavía en proyectos y preparativos, tomó audazmente al frente de sus tropas el camino de Italia con intento y resolucion de recobrar el Milanesado.

Atajóle en su atrevida empresa la defeccion inopinada del condestable duque de Borbon, su pariente, y el vasallo de mas influencia y de mas fortuna de toda la Francia. Este opulento y poderoso personaje habia sido blanco de los odios de la reina viuda, Luisa, madre de Francisco, muger tan avara como altiva, que habia perdido ya á Lautrec, y por cuyas sugerencias habia recibido el condestable desaires y desdeñes de su monarca. Tan impetuosa la reina madre en sus venganzas como en sus amores, á cuya pasion no habia aun renunciado á los cuarenta y seis años, tan luego como supo la muerte de la duquesa de Borbon, empezó á mirar con otros ojos al duque, concibió por él tanta pasion como antes le habia tenido encono, y llegó á ofrecerle su mano. El de Borbon no solo la desdeñó con entereza y dignidad, sino hasta con altivez, profiriendo espresiones que hirieron el orgullo y el amor propio de la reina. Entonces la madre de Francisco llevó su resentimiento y su rencor hasta consumir la ruina del condestable, y no paró hasta desposeerle por medio de un pleito injusto de todos los bienes y riquezas pertenecientes á la casa de Borbon, adjudicándose una parte al patrimonio de la corona, y otra á ella misma como heredera inmediata de la difunta duquesa. Este despojo,

unido á las anteriores persecuciones, puso al condestable en situacion de tomar un partido desesperado. Creyó que el proceder inícuo que se habia tenido con él le daba derecho á todo, y entabló inteligencias y tratos con el emperador, y le ofreció su brazo para conquistar la Francia. Carlos no vaciló en aceptar tan bello ofrecimiento, y para mas obligar al condestable, le propuso el matrimonio con su hermana doña Leonor, viuda del rey don Manuel de Portugal, que habia regresado á Castilla, y de acuerdo con el rey de Inglaterra se proyectó darle los condados de Provenza y del Delfinado con título de rey.

El plan de la conjuracion era, tan pronto como Francisco traspusiera los Alpes, invadir simultáneamente la Francia, Carlos por los Pirineos con los españoles, el monarca inglés con los flamencos por la Picardía, y doce mil alemanes pagados por ambos ocupar la Borgoña y obrar de concierto con un cuerpo de seis mil hombres que el de Borbon se proponia levantar de entre sus vasallos y parciales. No faltó quien denunciara la conspiracion al rey, el cual pasó inmediatamente á avistarse con el condestable, que se habia fingido enfermo en Moulins para eludir el compromiso de acompañarle á Italia. Con tanta candidez obró en esta ocasion el rey Francisco, y costábale tanto trabajo creer en la traicion del primer príncipe de la sangre, que á pesar de las razones que tenia para no dudar del hecho se dejó alucinar y

seducir por las protestas de inocencia del duque, y por la palabra que le dió de que muy pronto se incorporaría al ejército. Con esto el crédulo monarca tomó otra vez el camino de Lyon; no tardó en salir en la misma direccion el condestable, mas torciendo luego repentinamente de rumbo, atravesó el Ródano y se metió en Italia salvando todos los peligros, sin que alcanzaran ya á evitarlo las tardías precauciones que tomó el imprudente y confiado monarca.

Viéndose así burlado Francisco, y temiendo perder su propio reino si tanaba de él, renunció á conducir la espedicion en persona, pero no á la invasion del Milanés, que confió á su favorito el almirante Bonnavet, enemigo personal de Borbon, valeroso, galante y cumplido caballero, pero que distaba mucho de ser tan buen general. Cuarenta mil franceses penetraron en Italia, y franquearon el Tesino: abierto quedaba el camino de Milan: pero la incalificable inaccion de Bonnavet permitió á Colona y á Moron, que no contaban con la mitad de la fuerza que su contrario, fortificar la plaza y sus contornos, almacenar víveres, y ponerla á cubierto de un golpe de mano, y aun de resistir un sitio. Bonnavet la bloqueó sin fruto, y despues de algunas tentativas y movimientos inútiles, obligado por el rigor de la estacion se replegó sobre el Tesino á cuarteles de invierno, sin otro resultado que haber tomado á Lodi, y dejar no

bien parado el honor de las armas francesas y el suyo propio.

Ocurrió en este intermedio un suceso que celebraron los italianos, á saber, la muerte del papa Adriano VI. (14 de setiembre, 1523), que sucumbió lleno de amargura por los males que veía dentro y fuera de la Iglesia, y que sus esfuerzos fueron impotentes á remediar ⁽¹⁾. Reunido el cónclave por espacio de cincuenta dias, venció esta vez todos los obstáculos el cardenal Julio de Médicis, y salió electo pontífice (18 de noviembre), y proclamado con el nombre de Clemente VII. con general aplauso, por lo mucho que se esperaba de sus vastos conocimientos, de su práctica en los negocios, y de las buenas relaciones y grande influjo de su ilustre familia. Escusado es decir cuán herido quedaria en su orgullo el ambicioso y altivo cardenal inglés Wolsey, al ver

(1) El pueblo romano trató injusta y duramente á este buen pontífice, aun despues de muerto. Bien que careciese del genio, de la energía, y aun de la capacidad que en aquellas circunstancias demandaba en la cabeza de la Iglesia el estado religioso y político de Europa, sus buenas intenciones, su moralidad y sus virtudes le hacian acreedor á otras consideraciones que las que con él tuvieron. Su muerte fué celebrada por los romanos con sarcástico ludibrio. En la casa de su médico colocaron entre guirnaldas un lema que decia: «*Al libertador de Italia.*» Habiéndosele enterra-

do entre Pio II. y Pio III., pusieron en su tumba la siguiente inmerecida y detestable inscripcion: *Hic jacet impius inter Pios.* Algun mas fundamento tenia el epitafio que se asegura habia compuesto él mismo: *Adrianus VI. hic situs est, qui nihil ubi infelicius in vita, quam quod impiraret, duxit.* «Aquí yace Adriano VI., que nada tuvo por tan funesto en su vida como la necesidad de mandar.»—Teller, Novaes, Artaud de Montor, y otros escritores de Vidas de romanos pontífices.—Gobernó Adriano la Iglesia un año, ocho meses y algunos dias.

por segunda vez burladas sus esperanzas y pretensiones, mucho mas cuando ya no podia prometerse sobrevivir á un papa de cuarenta y cinco años. Y aunque el nuevo pontífice le nombró su legado perpetuo en Inglaterra con amplísimas facultades, á fin de templar un poco su resentimiento y su índole vengativa, no por eso dejó de encenderse en ódio, especialmente contra el emperador, de quien se dió por vergonzosamente engañado, si bien disimuló al pronto y continuó mostrándosele afable, mientras el tiempo le deparaba oportuna ocasión para vengar el agravio.

Cumpliendo los aliados contra la Francia lo pactado en 18 de junio, invadieron los ingleses aquel reino en union con los flamencos, todos al mando del duque de Suffolk, dirigiéndose á Picardía: los españoles por la parte de Guiena, y los alemanes por la de Borgoña. Parecia imposible que Francisco I. pudiera desenvolverse y salvar su reino de estas tres invasiones simultáneas, en ocasion que tenia su mayor ejército imprudentemente distraido en el Milanesado. Y sin embargo Francisco I. y la Francia se salvaron maravillosamente, y ganaron no poca reputacion en Europa, merced á la inteligencia y denuedo de sus oficiales generales. La Tremouille con un puñado de hombres supo contener los progresos de los ingleses y flamencos, que habian avanzado ya hasta siete leguas de París y llenado de espanto á la capital,

obligándolos á retirarse faltos de víveres. El duque de Guisa, gobernador de la Champagne, rechazó con no menos vigor á los alemanes de Borgoña, y los españoles que amenazaban á Bayona no consiguieron mejor resultado habiendo tenido que habérselas con el intrépido Lautrec. Así las armas francesas alcanzaron en la campaña del invierno de 1523 dentro del reino contra tres poderosos ejércitos triunfos tan gloriosos como inopinados, mientras en Italia, donde Bonnivet contaba con mas seguros elementos de victoria, estaba lejos de corresponder al comportamiento y á los esfuerzos de su patria y de su rey.

Bajo muy diferentes auspicios se abrió para los franceses la campaña de 1524. Los españoles habian ido apretando el sitio de Fuenterrabía, que aquellos conservaban en su poder, y cuando ya los tenian estrechados y minados, y propensos á dar oídos á tratos de rendicion, el condestable de Castilla, que mandaba el cerco, entabló pláticas secretas con el mariscal de Navarra, marqués de Córtes y deudo suyo, que capitaneaba la guarnicion de la plaza compuesta de franceses y navarros. El resultado de aquellos trabajos y de estas negociaciones fué la entrega de la plaza, retirándose los franceses á su reino sin que quedara en su poder un palmo de terreno del territorio español (1). En Italia el papa Clemente VII., antiguo

(1) Sandoval, lib. XI. párr. 25. — Esto es diferente de lo que in-
dican los historiadores estrange-
ros, incluso Robertson, que todo

enemigo de la nacion y de la influencia francesa, comenzó á pensar en los peligros que podria traer á los estados italianos la desmedida preponderancia del emperador, y olvidando ó haciendo el sacrificio de su aversion personal á la Francia, rehusó formar parte de la liga, y trabajó por dar la paz á la cristiandad, pero sus gestiones no pasaron de un loable propósito. Al paso que disminuía el odio del nuevo pontífice á la Francia, crecía el de Enrique VIII. y el del condestable de Borbon, sin menguar el de Cárlos V. Así, lejos de pensarse en dejar la guerra, reunieron los aliados un respetable y floreciente ejército en Milan, donde por muerte del octogenario Colona mandaba el duque de Lannoy, virey de Nápoles, si bien la direccion de las operaciones se encomendó principalmente al de Borbon, y al valeroso perito marqués de Pescara (marzo, 1524).

No tenia Bonnivet ni la fuerza ni los conocimientos necesarios para resistir á tan espertos gefes y á ejército tan brillante. De modo que despues de verse

lo atribuyen á traicion del gobernador. Los sitiados se hallaban ya muy apurados, y aunque hubo inteligencias del condestable con el gobernador, hay que tener presente que el mariscal de Navarra era pariente de aquél, que los navarros eran súbditos rebeldes del emperador, y que rindiéndole la plaza volvia á la obediencia de su legitimo soberano. El emperador devolvió al mariscal su hacienda en Navarra, y le hizo

del consejo de Estado y presidente de las Ordenes. Los caballeros y soldados navarros fueron indultados, con algunas escepciones. El rey Francisco sintió tanto la pérdida de Fuenterrabía, que al capitán Le Frange, compañero del gobernador, le mandó prender, le afrentó en la plaza pública de Lyon, hizo raer las armas de su escudo y le privó para siempre de ceñir espada.

forzado á abandonar la ventajosa posición de Biagrasa en que se había atrincherado, y á vista de las bajas que iba experimentando en sus tropas, de continuo molestadas por el enemigo, tuvo por prudente probar de retirarse á Francia. Mas no bien hubo empezado á cruzar el Sessia, cuando se vió impetuosamente acometido por Borbon y Pescara reunidos al frente del primer cuerpo de los aliados. Valor no le faltaba á Bonnivet, y peleó briosamente; mas como tuviese la fatalidad de salir gravemente herido en el principio del combate, hubo que retirarle del campo de batalla, lo cual obligó á confiar el mando de la retaguardia al valeroso y entendido Bayard, *el caballero sin miedo y sin tacha*. Este esforzado guerrero, puesto á la cabeza de los gendarmes, detuvo con su brio el ímpetu de los contrarios y salvó el ejército, aunque á costa de su propia sangre, y aun de su vida; que allí sucumbió la flor de los campeones y el tipo de los caballeros franceses. Cuéntase que este intrépido paladin, al sentirse herido de muerte, y cuando le faltaban ya las fuerzas para sostenerse en el caballo, mandó que le arrimaran á un árbol dando rostro al enemigo, en cuya actitud le halló el duque de Borbon, jefe de la vanguardia enemiga, y como éste le mostrara compasión al verle desangrado y moribundo: «No me compadezcáis, le replicó el arrogante »caballero; muero con la tranquilidad del hombre »honrado que cumple su deber: los dignos de com-

»pasion son los que combaten contra su rey, contra »su patria y contra su juramento.» Y levantando con trémula mano su espada, besó la cruz de su pomo y espiró. El marqués de Pescara, pagando un tributo de respeto á las virtudes de su héroe adversario, hizo embalsamar su cadáver, y el duque de Saboya mandó tributar á sus restos los mismos honores fúnebres que á los reyes y príncipes de la sangre. «Con él se apagó, dice un escritor de su nación, la última centella de aquel espíritu caballeresco de que Bayard era el verdadero tipo, y Francisco I. la fastuosa parodia.»

Este monarca tuvo el triste consuelo de ver llegar á Bonnivet con los restos del destrozado ejército de Italia, donde no le quedó ya ni una ciudad ni un aliado.

Mas no contentos Carlos y Enrique con haber expulsado de Italia á los franceses, volvieron á sus proyectos de guerrear á la Francia en la Francia misma, que era lo que mas halagaba los vengativos designios del duque de Borbon, mucho mas cuando no solo se prometia por este medio recobrar las posesiones de que había sido despojado, sino ser rey de Provenza una vez conquistada esta provincia, pues así se lo había prometido el emperador, á condición de que hiciera homenaje por el nuevo reino á Enrique VIII. de Inglaterra, como á soberano legítimo de la Francia. El emperador debía invadir otra vez la Guiena.

con los españoles, y Enrique se comprometía á suministrar diez mil ducados mensuales para los gastos de la guerra, ó en su defecto á enviar un ejército inglés á Picardía. De las tres invasiones proyectadas solo se verificó la de Provenza (julio, 1524) por los Alpes y Var, con diez y ocho mil hombres, cuyo mando había confiado el emperador al marqués de Pescara, si bien debiendo oír el parecer y consejo de Borbon. Sin gran dificultad fueron sometiendo las ciudades provenzales, recién incorporadas á la Francia y desprovistas de tropas. El de Borbon quería seguir avanzando, pero aquí se separó de su dictamen el marqués de Pescara, que tenía instrucciones especiales del emperador para apoderarse á toda costa de Marsella.

Proponíase Carlos V. con la ocupacion de Marsella tener una puerta siempre abierta para entrar en Francia, como los ingleses la tenían con la posesion de Calais, y hacer tambien de Marsella como un puente entre España é Italia. En su virtud el marqués de Pescara, contra el dictamen y la voluntad de Borbon, detuvo el ejército delante de Marsella y ordenó el asedio de la ciudad (7 de agosto, 1524). Francisco, tan descuidado cuando tenía el peligro lejos, como activo y enérgico cuando le veía cerca, tan luego como penetró la idea del emperador hizo devastar todo el país contiguo, introdujo una buena guarnicion en la plaza y la hizo ceñir de un segundo muro, en

que trabajaron todos los habitantes á porfia, llegando á nueve mil los que de ellos tomaron las armas; una flota francesa combatió las naves españolas en las aguas del Var, la nobleza de Francia con la cual se había atrevido á contar el de Borbon se hizo sorda al llamamiento de su tráfuga y se agrupó en derredor de su soberano, y Francisco reunió un buen ejército bajo los muros de Avignon, con el cual se puso en marcha hácia Marsella. El ejército imperial, fatigado de un asedio inútil de cuarenta días, sin víveres, sin dinero y sin confianza y amenazado por los de Avignon, levantó el sitio y se volvió precipitadamente á Italia, teniendo que seguirle el de Borbon, desesperado de no haber hallado en Provenza ni la venganza que ansiaba, ni el trono que se le había prometido (setiembre, 1524).

Ni el emperador había invadido la Guiena, segun el plan, porque las Cortes de Castilla se iban cansando de sacrificar los intereses de los pueblos á guerras estrañas y le escatimaban los subsidios; ni Enrique VIII. de Inglaterra cumplió por su parte lo que estaba concertado, ya porque Wolsey, resentido con el emperador, no le alentaba como antes en favor de los intereses de éste, ya porque el de Borbon le tenía ofendido con no prestarse á reconocer sus derechos al trono de Francia. Ello es que habiendo podido poner este reino en el mayor conflicto, lo que hicieron con limitarse á una sola invasion fué darle el